

Una Política de Competencia

por RAMON DIAZ



¿Creemos en la competencia?
¿En la competencia económica,
cuyo escenario es el mercado?
¿Creemos en ella, como país?
He aquí una cuestión que vale
la pena decidir.

Si la respuesta es afirmativa, se
trata de una buena noticia.

En ese caso, ¡habría tanto para hacer! Apenas
deja uno un instante rienda suelta a la imagina-
ción, y ésta se desboca, y le lleva a uno en verti-
ginosa carrera por un país que se transforma
radicalmente, que crece, que prospera, que
lucha... hasta volver a asemejarse al país joven
y pujante que fuimos cuando dejamos de creer
en la competencia.

Porque, —¿qué duda cabe?— en cierto mo-
mento de nuestra historia dejamos de creer en
ella. Le volvimos la espalda y le dijimos adiós.
Muy precisamente a la competencia. No a la pro-
piedad privada, aunque la circunscribimos y la
retaceamos; no a la libertad, que nos hicimos
la ilusión de poder conservar mientras cada cual
pudiera escribir lo que se le antojase en el perió-
dico, y decir lo que quisiera desde la tribuna;
no al espíritu de lucro, a quien ningún país, en
ningún caso, ha desterrado. A la competencia,
específicamente.

Hasta qué punto nos apartamos de la compe-
tencia es algo de lo que podemos hacernos cargo
echando un vistazo hacia las zonas de nuestra
convivencia en que recientemente hemos dado
algunos pasos significativos de regreso hacia ella.

Ningún aspecto más característico que el de
la provisión de divisas. Los agentes económicos
necesitan divisas, sobre todo para comprar bie-
nes y servicios en el exterior. Como todos los
recursos económicos, las divisas son escasas.
Es preciso, por ende, racionarlas. La forma
competitiva de racionar los recursos escasos
es a través del sistema de los precios. Los recur-
sos, bajo tal sistema, son asignados a quienes
puedan y quieran pagarlos. Pues bien, en los
últimos 50 años, y últimamente hasta hace cosa
de un lustro, las divisas entre nosotros fueron
asignadas, como regla general, por sistemas de
racionamiento no competitivos. Basados princi-
palmente en los antecedentes de importación
de cada empresa y a veces en criterios accesorios,
como la extensión de la nómina salarial y la mag-
nitud de la contribución impositiva.

¿Por qué digo que ningún aspecto ha sido,
sobre nuestra aversión a la competencia, tan
característico como éste?

Pues porque, en una economía como la nues-
tra (y, dicho sea de paso, como casi todos) basta
con pasar el cerrojo de las divisas para que la
competencia quede fuera del quehacer producti-
vo general. Para entrar al mercado hace falta
importar. Y para importar hacen falta divisas.
Y si éstas son racionadas por el organismo de
turno —llámese este BROU, Contralor de Impor-
taciones, o Banco Central— en base a los antece-
dentes de las empresas —y por definición las que
los poseen son las viejas— resulta que ninguna
empresa nueva podría venir a perturbar la siesta
de los privilegiados...

El proteccionismo, contra cuyos mayores
excesos recién ahora se insinúa una reacción
—la primera tal vez en un siglo cabal— traduce
la misma clase de odio a la competencia que el
control de cambios. Con un mercado interno
diminuto, cada industria está constituida, por
lo general, por una o dos empresas, entre las
cuales la solución no suele ser difícil. El ideal era
que todos los trabajadores tuvieran trabajo en
esas empresas monopolistas o duopolistas, que
todos los empresarios percibieran su ganancia
“razonable” sin sobresaltos ni excesivas exigen-
cias a la imaginación, y que los que no entraran
en una u otra categoría fueran por siempre y pa-
cíficamente empleados públicos.

¿La vivienda? Los uruguayos podían hacerse
inquilinos de por vida, a precios que debieron ser
“razonablemente” fijados por jueces o peritos,
aunque llegaron a ser fracciones minúsculas y
risibles de los precios normales. Eso sí, a condi-
ción de no mudarse jamás. Por más que cambia-
ran las circunstancias familiares, o el lugar de
trabajo...

Pero, ¿por qué iba nadie a cambiar de em-
pleo? ¿Acaso las empresas no estaban aseguradas
—doblemente, por las tarifas de aduana y los
cupos del control de cambios— contra las contin-
gencias de la competencia?

De tal manera un ideal tremebundamente
estático descendió sobre nuestra conciencia na-
cional. Nada debería cambiar nunca en nuestra
economía. Ninguna empresa debería quebrar,
ni reorganizarse básicamente, ni licenciar em-
pleados. Nadie tendría que buscar nuevo em-
pleo, ni por supuesto que readiestrarse para
cambiar de tareas. Nadie tendría que mudar
de casa. Ningún empresario tendría jamás que
idear nada nuevo. Finalmente, una dieta a base
de carne barata —no olvidemos que un precio
competitivo para la carne vacuna parece aún un
objetivo lejano— estaba asegurada para todos:
las amas de casa también tenían su garantía
contra el odioso cambio.

El sistema no funcionó. Era intrínsecamente
abominable, pero además no funcionó; sencilla-
mente, se desmoronó; dio por resultado un es-
tancamiento colosal. No funcionó, ni aquí ni en
ningún otro país donde se le haya ensayado,
entre todos los cuales se destacan los del Cono
Sur de América Latina. En todos éstos el fracaso

estuvo a punto de culminar en la consolidación del régimen que en el fondo era el causante de toda la frustración y el fracaso: el socialismo.

En efecto, ¿qué nombre dar a un sistema donde los recursos se asignan, y la renta se distribuye, mediante decisiones políticas, más que el de **socialismo**? ¿Qué otra designación cabe a un sistema donde no hay otra competencia que la competencia política? Una competencia, dicho sea de paso, que en todos los países del área terminó practicándose, característicamente, con metralletas y bombas.

El marxismo y las otras formas de socialismo cabal y consciente de su condición de tal, aprovecharon el fracaso del socialismo vergonzante que todos los países del área practicamos, y se los imputó al capitalismo. En cierto sentido, con tremenda injusticia, y con radical traición a la verdad. Pero desde el punto de vista ético, no sin razón. Porque si definiéramos el capitalismo como un sistema en que rige la propiedad privada, y en el cual el principio motor de las decisiones es el espíritu de lucro, y dejáramos fuera de la definición la competencia y el mercado libre,

habríamos descrito un sistema moralmente indefendible, que muy poco difiere del que rigió por décadas en nuestros países.

No es que yo sostenga que la competencia es un bien en estado puro. Su apreciación ética y estética puede ser opinable, y no puede menos que resultar fuertemente influida por los puntos de vista individuales. Pero a la vez que la competencia es todo esto, es también un componente imprescindible de un sistema de economía basado en la propiedad privada, le parezca a uno más o menos atractiva.

¿Y, sabe usted, lector, por qué esto es así? Pues porque el nivel de vida que el capitalismo —aceptemos la palabreja que parece que Marx ideó— ha conquistado para las masas no ha sido ningún don gratuito, sino arrancado al ambiente material, por primera vez en la historia de la humanidad, mediante una lucha tenaz. Es el fruto del sudor, y de las lágrimas, y del ingenio. De incontables hombres, esforzados tras su provecho personal, cooperando entre sí, pero también trenzados en recíproca competencia. Podrá gustarle a usted esto, o no; pero es un hecho.

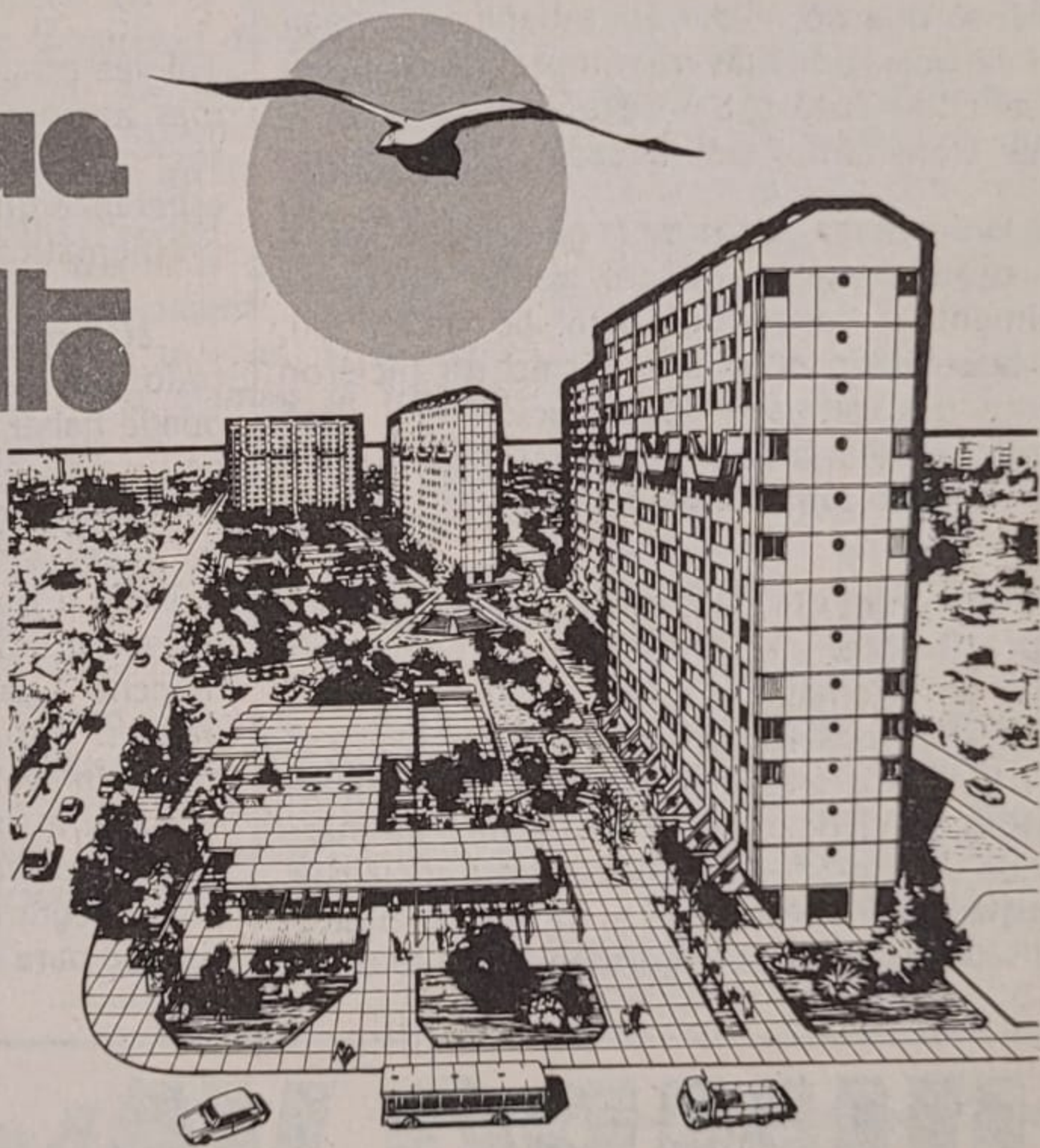
parque malvinas alto

LO TIENE TODO!

Shopping Center
Supermarket
Guardería
Teatro al aire libre
Parque público
Piscina reglamentaria
Centro deportivo
Canchas de:
Futbol, Basquetbol, Voleibol,
Tenis y Bochas.
Parque infantil
Parque indígena
Estacionamientos.

**5 monumentales
torres de trece pisos
que ya se levantan
en Cno. Carrasco
y Veraciero.**

**VEA SU APARTAMENTO
TERMINADO EN EL PREDIO**



HAY VARIOS PLANES DE VENTA.

Elija el más conveniente en nuestro Depto. de información y ventas: BRANDZEN 1956, planta baja. Trato directo, sin comisiones, ni intermediarios. Horario de atención, 8 a 22 hs. Inclusive, sábados y domingos.



PROMUEVE
PROYECTA
CONSTRUYE
VENDE

Arq. H. PEREZ NOBLE S.A.

Cnel. Brandzen 1956 • Tels.: 4 49 30 • 41 18 14



financia
**BANCO HIPOTECARIO
DEL URUGUAY**

Y a un país que quiera darle la espalda a ese hecho, le suceden dos cosas. En primer término, fracasa en lo material; la tentativa de sobrevivir como parásito de una civilización, disfrutando de sus bienes y negando los medios que ella ha singularizado para alcanzarlos, inevitablemente naufraga. En segundo lugar, se transforma en un caldo de cultivo del privilegio —nuestros viejos empresarios con cupos de importación asegurados habrían sido la envidia de los cortesanos de Luis XVI— y fracasa más estrepitosamente aún en lo moral.

¿Por qué los países de nuestra zona continental confluyen en la presente coyuntura de su historia hacia una política económica que, sobre todo por comparación, tanto con su pasado como con el presente del resto de América Latina, es decididamente liberal? ¿Acaso es posible explicarlo sin atender a su experiencia específica, a la concreta naturaleza de su frustración, al peculiar perfil de la amenaza que enfrentaron? Pienso que no, y que todo tiene por origen una conciencia, por más que imprecisa en general, y sencillamente brumosa a veces, de que la ruta que transitamos por décadas, antes de enfrentar la amenaza aguda de la guerrilla, el terrorismo, o el marxismo en el poder, conducía **naturalmente** a la pérdida total de la libertad, y que la sedición o el comunismo no hicieron otra cosa que preparar la ejecución que llegó a ser inminente con la soga que nuestro derrotero tradicional había terminado librándoles.

En todo caso, esa clase de política es la única salida practicable, y es preciso tomar conciencia de que el camino hacia la salida recién ha comenzado. Sería insensato suponer que el peligro se ha alejado, siquiera apreciablemente. El Uruguay —a la hora de criticar me vuelvo a mi solar nativo— sigue siendo un país básicamente socialista no nos hagamos ilusiones. Es socialista, básicamente, su educación; su seguridad social lo es to-

talmente; su sistema de atención médica, al menos en grado predominante. El área de las empresas estatales, sin contar con que se estructuran y pretenden orientarse sobre principios radicalmente distintos de los de la empresa capitalista, es enorme. La industria automotriz y la de la carne son dos paradigmas de dirigismo socializante, que se reflejan en numerosos espejos a lo largo y a lo ancho de la economía. ¿Y quién duda de que sería posible seguir dando más y más ejemplos?

Es estimulante haber registrado una tasa de crecimiento del 8 y algo por ciento en 1979, pero sabemos que esa golondrina no hará verano.

El Uruguay, en el fondo, no ha cambiado sustancialmente desde que fue reconocido como uno de los fracasos económicos más estrepitosos, y sus perspectivas para los próximos años permanecen inciertas. No se trata de afirmar que ya estaríamos mejor si se hubiesen tomado las medidas que prescribe una política de competencia.

Tal vez estaríamos, hoy mismo, en una situación más azarosa —ya que no hay cambios sin costos— pero habríamos ganado el derecho a una esperanza que por ahora debemos reputar hartamente problemática.

¿Creemos en la competencia? De ser así, está todo por hacer, o casi todo. ¿Qué sensación puede haber más estimulante, que sentirse parte de un país en que todo está por construir, o reconstruir, según se prefiera? Esa sensación puede ser nuestra. Ese país que se entrevé de nuevo pujante y lozano, puede ser el Uruguay. Pero ese resultado no nos lloverá del cielo. Nadie tiene derecho a pensar que lo ya hecho, y lo insinuado para el futuro, es suficiente. Una política de competencia radical, que barra con toda la estructura socialista y socializante que nos mantiene básicamente postrados, es la única que puede lograrlo. Ni hay otro camino, no sobra el tiempo para emprender el que tenemos.

GC y Asoc.

JUMBO VA JUMBO VIENE

a EE.UU., 5 veces por semana
a EUROPA, 7 veces por semana

Y además 9 vuelos semanales a EE.UU. y CANADA en los confortables Boeing 707

Consulte hoy mismo a su Agente de Viajes

la gran posibilidad

AEROLINEAS ARGENTINAS